

PEDRO ALBIZU CAMPOS, LA PATRIA COMO RAZÓN Y PASIÓN.

José J. Rodríguez Vázquez
Programa de Estudios Iberoamericanos
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Para: Héctor Otero Burgos, el guerrero.

Conmemorar, dice María Moliner, es celebrar una ceremonia o fiesta para guardar el recuerdo de cierto suceso. Quiero comenzar confesando lo atemorizado que me siento porque un libro que lleva mi nombre sirva para recordar y honrar la memoria de un grupo de puertorriqueños que fueron masacrados por las fuerzas policíacas de la barbarie colonial. Es un temor que emerge de saber que este trabajo es insuficiente para enaltecer a estos muertos.

Pero, un poco como paliativo que justifique mi presencia en este lugar significativo, quisiera señalar que *El sueño que no cesa*, fue pensado como un homenaje a mi maestro, Don Pablo García Rodríguez y a mis padres, José Juan Rodríguez Bonhomme y Minerva Vázquez Martínez. Hoy, que los tres se han desvanecido, siento que el libro se ha convertido en un instrumento para recuperarlos y devolverlos a mi lado. Se me ocurre que lo que se tejió para distinguir a esos que amo se puede compartir, con mucha humildad, para honrar a los mártires de Ponce. Estoy seguro que los míos se sentirán contentos y espero que ellos se sientan convocados.

Venimos a conmemorar. Pero, ¿qué? Venimos a rescatar una herida que no puede ser olvidada, un crimen que no debe jamás volver a repetirse, una mancha en la historia del imperialismo norteamericano y de sus lacayos colonialistas puertorriqueños. Venimos a honrar a los caídos y a combatir una mentalidad y una práctica política. Para lograr esto correctamente considero que se deben responder dos preguntas. ¿Qué es lo que nos hace

recordar? Y más importante aún, ¿Cómo debemos recordar? Las respuestas a estas dos interrogantes son fundamentales porque habrán de definir el propósito y el tono de mi voz.

Ya sé lo que me dirían Michel Foucault, Eric Hobsbawm o Margarita Flores sobre las conmemoraciones: inventar tradiciones y articular rituales conmemorativos es desatar prácticas discursivas que definen un saber y afianzan estrategias de poder. Conmemorar es una forma de apropiarnos de un suceso y pretender asumir su representación. Pero, con el perdón de ellos, quiero decir que yo, que estoy aquí ante la mirada de las víctimas que me observan desde su más allá, no vengo a eso. Y entonces, ¿a qué?

Permítanme retomar el título de la obra para hablar del sueño y el deseo como esas fuerzas que mueve al recuerdo. Soñar con es recuperar y aspirar, es colocarse en un presente para mirar hacia el pasado y el futuro. Soñamos también con aquello que deseamos, es decir, con aquello que anhelamos y, más aún, con aquello que amamos. Así que quiero decir que estoy aquí rememorando a las víctimas de la masacre de Ponce como un ejercicio de recuperación por el amor. Recordamos a aquellos que amamos para desde sus vidas pasadas mirar hacia el futuro con esperanza.

Permítanme compartir con ustedes este poema que creo ilustra ese acto de recordar por amor. Hablando con sus muertos en Manatí, José Arcadio resumía lo que quiero expresar:

Comenzó el otoño,
¿Te enteraste? Tu, allí,
Postrada eternamente
Entre la sombra y la humedad
Déjame decirte, callado,
Como hago día a día
Cuando nos encontramos
Sumergidos en el silencio común,

Que la tarde duele cargada de belleza
 Que las hojas se desprenden,
 Ya sabes, como tu,
 De la vida,
 Que me siento solo
 Alegrementemente con mi nostalgia
 Y resisto aquí, celebrando,
 El absurdo que un día
 Creo el amor y los cuerpos perdidos.
 No te entristezcas, por dios,
 Porque vengo a buscarte.
 Aún quedan risas,
 Y los hijos y la niña
 Que nunca vistes
 Y tiemblan con tu nombre,
 Porque el amor es eso,
 Inefable y tan loco
 De desearte hoy
 Al borde de la tarde y de las hojas
 Que anuncian el otoño.

El poema me permite, además de afirmar que recordamos por amor, responder a la otra pregunta, la de ¿cómo recordar? Estoy totalmente convencido de que el amor, que nos lleva a conmemorar, debe realizarse sin molestar o entristecer a nuestros fantasmas. Por eso, si hoy me atrevo a presentar aquí, en este acto y en este día que los recuerda, este libro que carga mi nombre, es con humildad y respeto a sus vidas y su drama heroico.

¿De qué hablarle a ustedes para honrarlos a ellos? Si aquel marzo de 1937, marchaban, entre otras cosas, reclamando la liberación de su líder, Pedro Albizu Campos; entonces permítanme compartir con todos, los presentes y los ausentes, el Albizu que he leído como voz de un nacionalismo radical ligado a la práctica política. Un discurso que, como decía Marx en su famosa tesis 11 sobre Feuerbach, intentaba "no sólo interpretar el mundo, sino transformarlo".

El sueño que no cesa. La nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño, 1920-1940, es un estudio del discurso nacionalista en un contexto

histórico-social colonial. Su tesis central es que el nacionalismo anticolonial es un campo plural y polémico que se caracteriza, por un lado, por una diversidad de relatos que pueden organizarse en tres momentos ideológico-políticos y, por otro lado, por un cierto acento polémico que se desplaza en dos direcciones: como crítica del campo discursivo colonialista que legitima el orden colonial y como debate, en el interior del propio campo nacionalista, entre los distintos relatos nacionales que buscan hacerse hegemónicos en el imaginario sociocultural.

Siguiendo algunas líneas analíticas elaboradas por Antonio Gramsci y Partha Chatterjee, este estudio sostiene que el campo discursivo nacionalista puede dividirse en tres momentos ideológico-políticos. En un primer momento o fase, la voz nacionalista emerge desde una "ciudad letrada" que, con su poder cultural, cree posible definir la nación y elaborar los proyectos materiales y culturales para su consolidación. Esta ciudad letrada que se adjudica el saber y el poder para representar la nación piensa y desea que su práctica discursiva este clocada, fuera de y por encima, de la práctica política. Desde este primer momento, el discurso nacionalista se muestra ya plural y polémico.

En una segunda fase ideológico-política, el discurso nacionalista se liga estrechamente a la práctica política y aspira, no sólo a la interpretación del mundo sino a su transformación. En esta fase de movimiento, el discurso nacionalista se desdobra en dos grandes versiones: una, radical, propone la transformación inmediata del orden colonial y la creación del estado-nación, la otra, moderada, piensa que la lucha política y los cambios deben realizarse como un proceso gradual de reformas.

Por último, podemos hablar de una fase de llegada para referir al momento en que el discurso nacionalista ha dejado de ser utopía crítica del orden colonial y propuesta para

un nuevo orden político y se ha convertido en ideología legitimadora del nuevo orden político poscolonial. La aparición de este nacionalismo oficial o de llegada no cierra el debate sobre lo nacional y distintos relatos de la fase de arranque y movimiento polemizan contra el discurso oficial y su proyecto de reducir la nación al deseo del Estado y de los grupos socioeconómicos y políticos que detentan el poder.

Haciendo uso de este marco teórico-metodológico para pensar el nacionalismo anticolonial en Puerto Rico, hemos decidido ilustrar lo que nos parecen las tres versiones principales del nacionalismo en las fases de arranque y movimiento mediante el estudio de tres importantes portavoces de nuestro campo nacionalista. Consideramos que Antonio S. Pedreira es el letrado típico de la fase inicial y que Pedro Albizu Campos y Luis Muñoz Marín son poderosos exponentes del modelo radical y moderado de la fase de movimiento.

Pedro Albizu Campos es, sin lugar a dudas, la voz central de lo que llamamos nacionalismo radical de la fase de movimiento. Su rechazo absoluto del colonialismo y de la gestión imperial norteamericana estaba acompañado con el reclamo de una inmediata creación del estado-nación. Albizu veía el colonialismo como un régimen de desigualdad material y espiritual que amenazaba con destruir la base económico-social del país subordinado, al mismo tiempo que atentaba contra su dimensión cultural. Para él, no se trataba sólo de un problema de explotación sino de una conspiración del poderoso para destruir moralmente al colonizado. De aquí que su discurso se tejiera no sólo con propuestas económicas y políticas, sino con un marcado acento moralizador que debía servir para la reconstrucción y consolidación de la dimensión cultural o espiritual de la nación subalterna.

En el plano económico, el albuzismo, al igual que otros relatos nacionales, propuso el desarrollo de una economía capitalista dirigida fundamentalmente por clases propietarias criollas o nacionales. El colonialismo era una empresa de saqueo de los recursos naturales y humanos de la colonia, -la conversión de la nación de propietarios en masa de peones y mendigos-, y la propuesta nacionalista debía estar encaminada a la reconstrucción de ese nexo de posesión que era al mismo tiempo material y espiritual. Dentro de la tradición liberal, creía que este sistema económico podía ayudar a consolidar una base material que se traduciría en bienestar común. Aunque, claro está, sabía que el Estado debía servir como agente regulador del equilibrio feliz de la nación.

En el plano político, Albizu consideraba que el colonialismo sólo podía ser sepultado mediante la fundación del Estado. En su lucha contra la degradación colonial y la opresión brutal del poderoso, el nacionalismo debía mostrarse juicioso pero decidido. Su reclamo era el establecimiento de un diálogo en el que metrópoli y colonia se sentaran en condiciones de igualdad a establecer el proceso jurídico de disolución del coloniaje. Pero Albizu estaba convencido de que el imperialismo norteamericano no se suicidaría y que llamar su atención y convencerlo para establecer ese diálogo requeriría de una firmeza de los principios. Tres corolarios hilaban su tesis central: Puerto Rico era una nación ya constituida; el colonialismo degradaba tanto a la metrópoli como a la colonia y amenazaba el desarrollo y los nexos jurídicos y culturales de los pueblos del mundo y la única salida, que debía comenzar a realizarse inmediatamente, era la fundación del Estado. Esta postura teórica y ética lo llevaron a sostener que los derechos de una nación oprimida podían ser defendidos mediante formas de luchas legales, pero también, de ser necesario, a través de la confrontación político-militar con el poderoso. La violencia de

resistencia, la violencia liberadora, no era más que una expresión, quizás la más sublime, de la voluntad nacional para combatir la barbarie colonial. En su discurso, la violencia de los justos no era crimen porque estaba dirigida contra el crimen del colonialismo y se transmutaba por la disposición al sacrificio del patriota. Según su palabra fue convirtiéndose en la voz del líder de un movimiento nacionalista envuelto en la práctica política, los acentos jurídicos y las propuestas económicas y políticas fueron cediendo su lugar a una temática moralizadora de la política que se fue convirtiendo en ética de la violencia. El discurso nacional radical se pobló de metáforas religiosas y tonos proféticos.

Para justificar sus tesis políticas, sobre todo esa que afirmaba la existencia de una nación puertorriqueña ya constituida, el nacionalismo radical albizuista fue dando forma a un metarrelato nacional. En esta narrativa sostenía que Puerto Rico era fundamentalmente una nación forjada con elementos culturales hispanos y que fue la sensibilidad religiosa cristiana la que permitió trascender las desigualdades sociales y raciales y afianzar la nacionalidad. Frente a la leyenda negra, que consideraba el período colonial español un caos total, Albizu destacaba el poder fundacional de la colonización española en América. Frente a las distintas versiones del discurso colonialista norteamericano, que nos consideraban incapacitados para el gobierno propio, afirmaba su modelo de la nación perfecta: rica materialmente, reconciliada socialmente, culta y elevada en su plano espiritual. Frente a las tesis norteamericanas del país sin ninguna experiencia de gobierno propio, reclamaba que en Lares se había consolidado nuestra voluntad política y que con la Carta Autonómica de 1897 España y el mundo nos habían reconocido como comunidad nacional con personalidad propia en el mundo de naciones.

Frente a la condición de "botín de guerra", insistía en que el Tratado de París era ilegal y que España no podía ceder a una nación políticamente constituida y reconocida.

Los elementos éticos que utilizaba para afianzar sus posturas políticas se fueron haciendo cada vez más presentes en su discurso según se fue acentuando la confrontación de su partido con las fuerzas represivas del poder imperial. En primer lugar, proclamando la fuerza del débil, nos recordaba que si el otro metropolitano era más rico, nosotros éramos una cultura más antigua y moralmente superior. En segundo lugar, invitando, o más bien exigiendo una redefinición: donde el ojo imperial enceguecido por los prejuicios sólo veía limitaciones y privaciones era necesario afirmar a un pueblo amante del trabajo, con espíritu de civilidad y generoso y solidario para enfrentar y superar la adversidad. En tercer lugar, imponiendo un deber. Para el albizuismo, la lucha para salvar la nación oprimida sólo podía ser exitosa si se estaba dispuesto al sacrificio, tanto material como existencial. El hombre convertido en patriota y el patriota convertido en mártir eran las manifestaciones indiscutibles de nuestra nacionalidad.

Si hay un punto del albizuismo que me parece importante reflexionar es su estrategia para construir la identidad diferenciando y luego, a partir de ella, abrirse a un diálogo permanente con otros pueblos y culturas. En esta época en que muchos teóricos presentan al nacionalismo, en todas sus versiones, como un discurso forjador de una identidad fija y excluyente, es bueno retomar esta posición que hace de la identidad exactamente una forma de relacionarnos en un plano de igualdad, tolerancia y hasta sincretismo o hibridez con los demás. Para Albizu, la lucha para restaurar la nación puertorriqueña era parte del combate de la civilización contra la barbarie y de un conflicto continental donde se enfrentaban dos tradiciones occidentales: la grecolatina y la anglosajona. Su

intransigencia frente a la brutalidad del otro imperial estaba acompañada de una visión americanista que devolvía a Puerto Rico a la gran familia latinoamericana. En este sentido, su nacionalismo, duro frente al poderoso, era poroso y dialógico con otras nacionalidades del Caribe y de América.

Permítanme cerrar con el párrafo final que dedique a Albizu en *El sueño que no cesa*: "El líder de la desesperación", profeta de un pueblo invadido y esclavizado al que había que liberar y encaminar hacia la tierra prometida no tenía dudas sobre la existencia de la nación puertorriqueña. Afirmándola, enfrentaba todas las formas del discurso colonial que intentaban disolverla política y culturalmente. Armándola para la lucha, la definía como vigorosa, rica, culta y capaz de esa forma suprema de voluntad política que se expresa en el sacrificio. Definiéndola, la percibe como unidad perfecta, como familia modelo edificada por el cristianismo y los legados culturales hispánicos y occidentales. Para confrontar el presente, miraba hacia el pasado como el paraíso perdido asediado por la violencia y la irracionalidad del imperialismo anglosajón norteamericano. Frente al enemigo poderoso quedaba la superioridad moral y el arma de la voluntad que se teje con valor y sacrificio. Discurso para una violencia defensiva y regenerativa sin la cual no era posible retomar el lugar ya conquistado en la Historia. El heroísmo no dejaría perecer la nacionalidad y nutriría y consolidaría su unidad espiritual. La problemática política de este nacionalismo radical de la fase de movimiento se organizó temáticamente a través de la invención del mito de la nación perfecta y de un sincretismo de elementos epistemológicos y morales tomados de diversos campos culturales y disciplinarios. Según se fue acentuando su función política, su discurso se convirtió en un gran discurso moralizador organizado con códigos éticos tradicionalistas. El pasado idealizado en su

memoria era el tiempo-espacio fundacional de la nacionalidad y la fuente moral donde había que nutrirse para revitalizar la voluntad que nos abriría las puertas para esa otra utopía posible.

Para terminar, quiero volver a expresarle mi afecto y agradecimiento a Jorge Figueroa, por la invitación para que compartiera con ustedes algunas ideas; a Anayra Santory y Luis Ángel González por sus palabras; a Juan Mercado y Jaime Colón por la amistad; a Elizardo y Ediciones Callejón por asumir el riesgo; a la Fundación para la Libertad por el respaldo; a Don Pablo, por el ejemplo y el prólogo; a Rita, Pelón, Gaby, Robertito y toda mi familia y amigos por el amor y a ustedes por la delicadeza de escuchar. Y para ellos, que de pie siguen marchando y luchando y cayendo y resucitando, sólo estas palabras que me tomo prestadas de Silvio Rodríguez y a las que añado un final:

Favor no se molesten
 Que pronto me estoy yendo
 No vine a perturbarles
 Y menos a ofenderlos
 Vi luz en las ventanas
 Y oí voces cantando
 Y sin querer ya estaba
 Tocando.
 Disculpen la molestia
 Ya me llevo mi boca
 A mi edad, la cabeza,
 A veces se trastoca
 En la alegría de ustedes
 Distinguí mis promesas
 Y todo me parece que empieza.
 Favor no se molesten
 Que casi me estoy yendo
 No quise perturbarles
 Y menos ofenderlos
 Vi luz en las ventanas
 Y juventud cantando
 “Y sin querer ya estaba
 -como ustedes-
 Soñando”.